
La representación literaria del mercenario: del héroe ambiguo al desenfreno mass- mediático desde Jenofonte hasta Blackwa- ter y la Operación Jaque

Víctor Guerrero Apráez¹
vquez12@yahoo.com

Recibido: 02/07/2011

Aprobado evaluador interno: 31/08/2011

Aprobado evaluador externo: 13/09/2011

Resumen

Una extensa tradición literaria desde la época clásica griega hasta la más reciente producción periodística ha tenido como figura central la imagen de mercenarios célebres, triste o gloriosamente recordados por sus hechos de armas. Con frecuencia esta se dotó de ornamentaciones apologéticas e incluso de exaltación nacional, reflejo de las cambiantes circunstancias de la actividad bélica a través de los tiempos. El presente ensayo busca contextualizar algunas de estas producciones literarias como parte de una más amplia construcción de un cierto imaginario de la guerra, y en particular del mercenario, cuya actualidad presenta tantos aspectos inquietantes en el contexto de las denominadas nuevas guerras, neocolonialismo o violencia posmoderna, y la situación colombiana en particular.

Palabras clave

Mercenario, guerra, conflicto armado, Wallenstein.

Abstract

An extensive literary tradition from classical times to the most recent Greek newspaper production has been the central figure famous image of mercenaries, sad or glorious, remembered for his feats of arms. Often this was provided with ornamentation apologetic and even national exaltation reflecting the changing circumstances of warfare through the ages. This essay seeks to contextualize some of these literary productions as part of a broader construction of a war imagery, in particular, the mercenary, which currently presents many disturbing aspects in the context of so-called new wars, colonialism and violence postmodern, and the particular situation in Colombia.

Keywords

Mercenary, war, armed conflict, Wallenstein.

1. Víctor Guerrero Apráez es profesor en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Pontificia Universidad Javeriana.

1. El mercenario griego en la Anábasis

En el universo griego de la guerra se encuentra la primera narración tanto literaria como histórica sobre el fenómeno de ejércitos cuyos servicios se pagaban para participar en una contienda bélica de la cual eran extraños o ajenos en términos de sangre, idioma y costumbres. Se trata en concreto de un relato bastante conocido cuya celebridad literaria habrá de extenderse hasta nuestros días: *La Anábasis o Retirada de los Diez Mil*, escrita por el historiador y militar Jenofonte en la primera mitad del siglo IV a.C., cuando habían concluido las Guerras del Peloponeso. Jenofonte, al lado de Tucídides, tomó activa participación en los episodios militares de su época y dejó una relación de las circunstancias en las cuales la superioridad militar de Esparta y las ciudades aliadas conseguida en el 403 a.C. tras la derrota infligida a Atenas en la batalla naval de Egospótamos fue desafiada por sus antiguos aliados Beocios en asocio de Atenas, hasta concluir en su derrota militar en Leuctra (360 a.C.), conocida como “las Helénicas”. La popularidad del relato y el hecho de que el propio Jenofonte tuviera un

papel destacado en los acontecimientos que llevaron a una unidad militar lacedemonia a prestar sus servicios al heredero real del trono de Persia convirtieron una aventura de expertos militares en territorio extranjero a la búsqueda de riquezas y botín en una deslumbrante apología no exenta de patriotismo —la reconstitución simbólica de la fracturada unidad griega esta vez en territorio bárbaro—, de valor y de coraje que permitió a diez mil griegos sobrevivir y retornar a su patria luego de casi dos años de iniciada su contratación por quienes habían sido sus anteriores enemigos mortales décadas atrás. Leída desde una perspectiva contemporánea, la *Anábasis* ofrece el primer testimonio que la literatura consignó sobre este fenómeno, y cuya positiva valoración ha ejercido una perdurable influencia.²

Para situar la obra en el contexto de las formas militares griegas es necesario establecer el estatuto que los mercenarios tuvieron en el contexto cultural y bélico de la época. Los griegos tuvieron dos períodos altamente diferenciados en el tipo y alcance de la actividad militar que desplegaron. Entre el 480 a.C. y el 470 a.C. —período de las Guerras

2. Una película como *The Warriors*, de Arthur Hill, producida en 1985 es una adaptación de la obra de Jenofonte, en la cual una pandilla juvenil urbana de Coney Island que asiste a una reunión de todas las bandas de Nueva York se encuentra aislada en zonas hostiles y debe, a lo largo de la noche, regresar hasta su barrio de origen para ponerse a salvo.

Médicas— todas las ciudades griegas —salvo Beocia— reunidas en torno a su región originaria participaron en una gran alianza panhelénica contra la invasión procedente del imperio oriental de los medos y los persas, que pusieron en movimiento en su contra ejércitos inmensamente superiores en número de hombres.³ Se trató de una guerra asimétrica entre dos mundos enteramente distintos, uno de los cuales se vio obligado a luchar por su propia supervivencia, y el otro peleaba para expandir su dominio territorial y aplastar un molesto vecino que le disputaba rutas comerciales y cuya influencia en las costas del mar Jónico entraba en fricción con sus propios intereses. En la perspectiva actual podría llamarse la invasión oriental al territorio griego una guerra anticipatoria. Pero para asombro de sus contemporáneos, consternación de los invasores e inextinguible misterio de la posteridad, las escasas tropas griegas al mando de estrategas tan brillantes como Temístocles, Leónidas y Efilates —el actor más débil de la contienda— infligieron devastadoras derrotas estratégicas y tácticas a los extranjeros —el más fuerte—.⁴ Atenas debió ser evacuada

ante la invasión y la unidad élite de los espartanos al mando de su rey pereció defendiendo el desfiladero de las Termópilas, pero los invasores jamás volvieron a hollar el suelo griego. Los historiadores militares atribuyen este resultado a la alta disciplina militar, la unidad de intereses y la excelente motivación de la denominada “falange hoplítica” —una invención ateniense que traducía en términos militares la igualdad de los ciudadanos pertenecientes al centenar de demos en que la ciudad se dividía—, adoptada luego por todas las ciudades-Estado sin consideración a su régimen político, puesta a punto y probada en el curso de los enfrentamientos bélicos contra el invasor extranjero o *barbaroi*. Armados con escudo, lanza y espada para el combate cuerpo a cuerpo, estas unidades dotadas de una gran capacidad de maniobra y formadas en cuerpos de veinticinco y cincuenta hoplitas que podían llegar a tres mil o cuatro mil hombres, dirigiéndose sin titubear al son de flautas y peanes, fueron un adversario temible ante cuya disciplina sus enemigos se derrumbaron.

La llamada guerra hoplítica se vio acompañada de un ethos militar

3. Kagan, Donald (1998). *The Peace of Nicias and the Expedition of Sicily*. *Passim*, Cornell University Press; Hanson, Victor (2005). *A War Fought Like no Other*. *Passim*.

4. En su influyente y audaz texto *How the Weak Win Wars* Arreguin-Toft ha sostenido la tesis según la cual los beligerantes más débiles en recursos materiales y humanos tienden a resultar victoriosos en los enfrentamientos militares, al menos desde mediados del siglo XIX. El caso de las Guerras Médicas añadiría un ejemplo más en su favor.

en que la contención –sophrosyne–, la igualdad de los combatientes –isonomía–, la subordinación al mando y la importancia del enfrentamiento como duelo entre dos adversarios mutuamente visibles –agonalidad– permitieron una alta acotación de la hostilidad militar, que prohibió el combate nocturno, proscribió su ocurrencia en tiempo de festividades religiosas y condenó el empleo de mercenarios. Con buenas razones, este período heroico se convirtió en tema de las tragedias y fue recogido en la obra de Heródoto *Los Nueve Libros de la Historia*, que de paso dieron nacimiento a un nuevo género literario y científico: la historia. Pero a partir del año 460 a.C. este estado de cosas en los asuntos militares dio un vuelco radical.

La anterior unidad conseguida ante el invasor extranjero dio paso a una creciente rivalidad económica, militar y política entre las ciudades de Atenas y Esparta que terminó por estallar en la Primera Guerra del Peloponeso –461 a.C. a 446 a.C.– adelantada merced a batallas en regla por cuenta de sus respectivos aliados, en que todavía podía reconocerse el predominio de la forma hoplítica y al cabo de la cual, ante un empate negativo, pues ninguno de los adversarios pudo obtener una ventaja decisiva, se firmó la Paz de los Treinta Años. En realidad fue un frágil acuerdo

ante una rivalidad que se detuvo pero no se resolvió y duró la mitad de lo previsto: se rompió a la mitad de su plazo, en el 431 a.C. cuando Tebas –ciudad aliada de Esparta– invadió Platea –aliada de Atenas–, lo cual dio lugar a una segunda etapa que se extendería hasta el año 421 a.C. Durante ella las tropas terrestres espartanas invadieron durante cinco veranos consecutivos los alrededores de Atenas y arrasaron cultivos y cosechas; se desencadenó dentro de sus muros la peste que produjo cerca de ochenta mil muertes, mientras la flota ateniense avituallaba la ciudad y saqueaba las poblaciones afectas a Esparta en una serie de pillajes, devastaciones y expediciones punitivas, que ya no resultaban reconocibles en el espejo del antiguo modelo militar. En la batalla de Esfacteria, en el 425 a.C., los atenienses tomaron prisioneros a cerca de dos mil espartanos y estos accedieron a la denominada Paz de Nicias –que, sin embargo, no fue aceptada por las principales ciudades aliadas de Esparta–, y que duraría hasta 421 a.C., cuando se inició la última etapa de la guerra que terminaría con la derrota y rendición de Atenas en 403 a.C. Tucídides se vio obligado a emplear otro nombre distinto al de “polemos” –con el cual se conocieron las Guerras Médicas– para referirse a este segundo período; usó “stasis”, es decir,

división, desgarramiento, lo que los latinos llamarían después “bellum internecinum” y el Derecho Internacional Humanitario, púdicamente denomina conflicto armado no internacional. En este segundo período la figura del mercenario no sólo irrumpe como una nueva práctica sino que adquiere una alta importancia táctica como consecuencia de una compleja combinación de circunstancias. El número de hoplitas se redujo considerablemente en ambas ciudades antagónicas, el combate naval cobró una predominancia hasta entonces desconocida porque era el único tipo de guerra en el que Atenas podía ser vencida y los parámetros de acotación de las hostilidades sufrieron un considerable retroceso. Como la peste y el desgaste de décadas de hostilidades hicieron cada vez más escaso el recurso humano, Esparta solicitó y obtuvo ayuda económica de los antiguos enemigos medos y persas para pagar mercenarios tracios —expertos arqueros—, y en la medida en que la guerra naval demandaba ingentes cantidades de remeros —una trirreme requería doscientos y cada escuadra naval podían contar hasta con ciento veinte embarcaciones de este tipo— el pago de esta mano de obra naval —también se acudió a la habilitación de esclavos y metecos para este oficio— volvió una práctica común el pago extraordinario de gran número

de ellos. Todo este nuevo conjunto de circunstancias condujo a una creciente desregularización de la guerra y favoreció la perpetración de atrocidades. Al mismo tiempo, la competición por ganar el apoyo financiero del imperio medo y persa llevó al empleo de contingentes espartanos por parte de los antiguos enemigos. Es en este estadio de la guerra en Grecia donde se ubica la narración de Jenofonte.

Ciertamente se trata de un caso único en que el narrador mismo es un mercenario —e historiador connotado— y los diez mil guerreros que lo acompañan son un agregado de ciudadanos oriundos de las diferentes ciudades griegas aliadas y sujetas a la égida espartana. Jenofonte tuvo que publicar su obra con el pseudónimo de Temistógenes de Siracusa, lo que fue un caso quizá único para su época. El relato puede ser visto como una obra literaria en la que se describen exóticas regiones aledañas al Ponto Euxino, el Iraq actual sobre las riberas del Tigris y el Éufrates, y Constantinopla, donde los mercenarios recorren poblaciones de extrañas costumbres y nombres curiosos, como el país de los carducos, los caldeos, los cálibes, los taocos —que hacen sacrificios de niños—, los fasiarnos, los armenios, los macrones, los mosinecos —que copulan en público—, los encintotas, a todos los cua-

les vencen y de los cuales escapan en actos audaces cuyas dosis de valor aumentan en el curso de la narración. Los jefes griegos son descritos con rasgos heroicos, y Jenofonte se preocupa por indicar su diversa procedencia, que prácticamente abarca la totalidad de las ciudades griegas, dando con ello la imagen de una alianza de las distintas regiones que en su suelo natal se hallaban inmersas en la guerra civil –stasis– pero que unidas contra el bárbaro en su propio suelo podían tener la unidad que ya era imposible en el territorio patrio. Conocemos de su pluma a Próximo de Beocia, Menón de Tesalia, Agias de Arcadia, Clearco de Lacedemonia, Timasión de Dardano, Agasias y Soféneto de Estinfalia, Filóxeno de Peleno, Dracontio de Esparta, Aristónido de Metidrio, Demócrates de Tememio, Neón de Asinea, Euríloco de Lusía y Sócrates de Acaya. La muerte del monarca que los contratara determina su transformación en extranjeros enemigos que inician la larga marcha de su retirada en procura de retornar al suelo patrio en una expedición preñada de peligros. La estatura heroica de sus integrantes queda suficientemente destacada, y finalmente, luego de las obligadas penurias y hazañas, consiguen su retorno a través del Mar Negro.

2. El mercenario medieval y el género de la caballería.

Durante la época Medieval las formas de la guerra encontraron en el mercenario uno de sus expedientes más funcionales y utilizados. En un contexto de alta fragmentación territorial, cambiantes adscripciones administrativas, poderosas interferencias religiosas por el papado romano y difusas nociones de pertenencia y fidelidad –un gascón era tan extranjero como un normando a los ojos de un francés–, el empleo, mediante el pago, de cuerpos o contingentes percibidos como extranjeros y especializados cuasiprofesionalmente en el uso de ciertas armas y en tácticas militares fue convirtiéndose gradualmente en un aspecto decisivo al que acudieron tanto las diversas casas dinásticas reales como las ciudades dotadas de algún grado de autonomía–especialmente las italianas–. En el curso de la Guerra de los Cien Años las campañas militares adelantadas por la dinastía Hohenstaufen en contienda con sus rivales seculares y eclesiásticos y los enfrentamientos armados que opusieron a la casi totalidad de las emergentes ciudades –repúblicas de Lombardía, el Véneto y los estados pontificios– pusieron de presente la importancia estratégica y táctica de contar con escuadrones armados y con diversas modalidades

contractuales –conocidas predominantemente como condottas– para resolver exitosamente las respectivas contiendas bélicas. La condena del empleo de mercenarios promulgada en el tercer Concilio de Letrán en 1179 tiene el valor sintomático de la importancia que esta institución había llegado a adquirir, al igual que la inutilidad de una medida de esta naturaleza.⁵ Los arqueros sarracenos, que en número de cinco mil participaron al lado de Federico II Hohenstaufen, fueron el cuerpo más extranjero de los que intervinieron en las campañas armadas en suelo europeo continental y lo acompañaron en sus interminables confrontaciones contra los estados pontificios. Los integrantes de las compañías de brabanzones, aragoneses, navarros y coterelos,⁶ puestos al servicio de monarcas angevinos y normandos, resultaron, si no decisivos, sí manifiestamente importantes desde las campañas de Guillermo el Conquistador para penetrar Inglaterra hasta las incursiones de Carlos V, que culminaron en Pavía con la derrota y toma como prisionero de Francisco I. Los ballesteros genoveses gozaron de gran reputación y fueron decisivos en numerosas contiendas hasta

la crucial batalla de Crécy en 1346. Los alabarderos o piqueros suizos, que combatían en cerradas formaciones prácticamente impenetrables, tuvieron gran demanda en todo el territorio europeo; dejaron como su más perdurable legado la guardia suiza vaticana, y llegarían a contar como uno de sus miembros a Ulrico Zwinglio, quien luego de convertirse al protestantismo y transformarse en influyente reformador moriría defendiendo su diócesis de Zurich en las guerras religiosas del siglo XVI. Los grandes jefes mercenarios alemanes, como Werner de Urslingen y Conrad de Landau, conformaron cuerpos que incluían tropas húngaras y bohemias, quienes al aliarse con el antiguo caballero hospitalario provenzal Montreal d'Albarno conformaron quizá la más importante y numerosa compañía de mercenarios del siglo XIV con más de diez mil hombres, cuyos servicios a la monarquía angevina le permitieron el triunfo de Meleto (1349) contra los ejércitos combinados de los territorios italianos. Una ciudad como Florencia encontraría en la Compañía Blanca, compuesta por mercenarios ingleses al mando del célebre John Hawkwood –cuya imagen pintaría Paolo Ucce-

5. Mallet, Michael. "Mercenarios". En: Keen, Maurice (edit) (2005). *Historia de la Guerra en la Edad Media*. Machado Libros. p. 275.

6. Esta denominación tiene su origen en el inglés *cotter* –trabajador rural– y el francés *couteau* –daga o cuchillo–; alude en ambos casos a su baja extracción social.

llo en la catedral florentina—, la clave para su consolidación como centro político y económico de Toscana en defensa contra la expansión de Milán y Venecia.⁷ En las restantes ciudades italianas el papel de los condottieri revistió una importancia táctica y estratégica decisiva para la consolidación de sus respectivas autonomías, como lo demuestra la utilización por parte de Giangaleazzo Visconti de mercenarios famosos como Michele Sforza, cuya fidelidad se aseguraba incluso con el otorgamiento de castillos. Venecia hacía lo propio con la contratación de Bartolomeo Colleoni, cuya estatua conmemorativa puede todavía observarse en alguna de las plazas de la ciudad. Por su parte, las compañías de estradiotes albaneses como cuerpos de caballería provistos de técnicas balcánicas de alta precisión y distancia en el empleo del arco al galope serían altamente codiciadas en las guerras italianas.

Los nombres de afamados mercenarios y sus correspondientes compañías dejaron como estela de sus hechos de armas no sólo verdaderas gestas heroicas sino también un rico testimonio pictórico, del cual quizá el más importante es Paolo Ucello, cuyos retratos y paisajes de

batallas son el más grandioso testimonio de una época profundamente impregnada de mercenarizgo y condotieros. Pero habría de ser la famosa Compañía Catalana —también conocida como la de los Almogávares, que conformada por tropas rurales aragonesas entrenadas en las guerras de reconquista en la península Ibérica y tropas angevinas de Sicilia, en número superior a seis mil hombres—, durante el siglo XIV, la que proporcionaría el material épico para el testimonio literario más duradero en la tradición occidental. Luego de la paz de Caltabellota en 1302, que selló la suerte de Sicilia, la compañía de Almogávares, al mando de Roger de Flor sería la protagonista de una narración típica del género de crónica, redactada por uno de sus participantes y retomada luego como materia de una de las más ejemplares novelas de caballería. Ramón Muntaner fue uno de los integrantes de la Compañía Catalana, y de una forma análoga a la de Jenofonte escribió el relato de los principales sucesos y vicisitudes que padecieron en el curso de tres décadas al servicio de diferentes señores y príncipes que emplearon sus habilidades militares.⁸

7. Mallet, Michel. Op. Cit.

8. Muntaner, Ramón (1984). Los Almogávares. Plaza y Janés. Se trata de una versión abreviada y adaptada al español del original.

Cuando la situación política y militar se estabilizó en el reino de Sicilia –cuya ubicación geoestratégica la convertía en la llave del Mediterráneo, al punto de que todavía Goethe podía sostener que solo quien entendiera Sicilia estaba en condiciones de comprender Europa– el rey Fadrique aconsejó a la Compañía Catalana que ofreciera sus servicios al emperador Andrónico II Paleólogo (1282-1328), quien, al igual que todos sus antecesores, combatía las incursiones de los ejércitos otomanos y las pretensiones de quienes disputaban su trono acudiendo para ello a todos los servicios mercenarios posibles. El jefe de los almogávares era Roger de Flor, un antiguo pirata y caballero templario expulsado de la orden, quien finalmente se enrolaría como miembro suyo y ascendería a capitán. Al mando de un contingente de siete mil hombres, Roger de Flor fue nombrado megaduque y se le dio la mano de María, la hija del zar de los búlgaros, como parte de su remuneración en especie. Desde allí se da inicio a una larga serie de hechos de armas y un errabundaje por diferentes regiones de Anatolia. Los almogávares se enfrentan a los genoveses –empleados como mercenarios de otra procedencia–, a los alanos –contratados a igual título– y a los turcos, a quienes vencen en repetidas ocasiones; liberan ciudades sitiadas por

éstos –Filadelfia, Germe, Thira–; se internan por Frigia y Capadocia; reciben refuerzos adicionales desde Sicilia; celebran bodas; surgen nuevos héroes como Berenguer de Rocafort y Berenguer de Estenza; son perseguidos por el príncipe heredero Miguel IX, a quien combaten; se refugian en Gallípoli y reemprenden sus andanzas; los complots, las disensiones y las traiciones se multiplican; Roger de Flor es elevado al título honorífico de César para asegurar su fidelidad al emperador bizantino, pero luego es asesinado por los alanos y se desata la *Venganza Catalana*, cuyos miembros se dedican al saqueo y al pillaje de puertos y ciudades. Finalmente, penetran en Grecia, donde establecen los ducados de Atenas y Neopatria.

Los tópicos de la aventura, el extravío en regiones exóticas y hostiles, las pruebas de valor y caballeridad y un alucinante valor militar que permite obtener victorias en las condiciones más desiguales y desesperadas confieren a la crónica de Muntaner un carácter exuberante cercano a un sangriento cuento de hadas. Esta escenografía hace olvidar al lector actual la naturaleza mercenaria del héroe y de la empresa militar en su conjunto, frente a lo cual resulta natural que para el público contemporáneo de la composición esta fuera una suerte de saga

heroica. La consagración y naturalización de los grandes mercenarios y sus respectivas compañías en este período de la Baja Edad Media tiene una transformación cualitativa en la sublimación de Joanot Martorell de los episodios protagonizados por Roger de Flor en la redacción de uno de los grandes libros de caballería: *Tirant Lo Blanc*. Este relato, adscrito a lo mejor de la novela de caballería, gozó del aprecio de dos célebres peninsulares: el propio Cervantes e Ignacio de Loyola –cuyas sendas vocaciones escritural y religiosa se vieron influenciadas por su lectura–, y ejerció una significativa ascendencia del género. El caballero y los códigos de su acción ritualizan de un modo muy fuerte el accionar de la contienda bélica en la forma privilegiada del duelo, lo cual da lugar y contribuye al denominado *Ius Armorum*. Sin duda *Tirant Lo Blanc* estiliza e idealiza a un tiempo los rasgos de su fuente histórica al incorporarse en esa vasta vertiente de literatura caballerescas que con la exaltación de héroes vernáculos como Percival el Galo, el Rey Arturo y Gallahad en suelo británico, al igual que Amadís de Gaula hispánico, cimentaría simbólicamente procesos de construcción nacional posteriores y una cierta ética del honor militar. Mediante esta eficaz estrategia literaria, los interminables relatos de Chrétien

de Troyes, Tomas Malory y Garci Rodrigues de Montalvo producirían la alquímica conversión del mercenario en caballero afianzando así una belicosa identidad política.

3. La apoteosis del mercenario como fallido hombre de Estado: Wallenstein y la última gran guerra religiosa europea.

Las repercusiones que trajo aparejadas consigo el desencadenamiento de la Guerra de los Treinta Años –1620 a 1648– son de tal magnitud que a su conclusión el paisaje político de Europa cambió por completo y para siempre. Se trató de una conflagración bélica pan-europea que por su alcance geográfico y la devastación poblacional en más de una tercera parte ha sido calificada por algunos historiadores como la verdadera Primera Guerra Mundial. Cerca de trescientos años de historiografía practicada a gran escala por distintas escuelas (historia de las relaciones internacionales, diplomática, militar, de las mentalidades, microhistoria, etc.), universidades y autores –al igual que de intensos debates acerca de sus causas punteados por las respectivas conmemoraciones– coinciden en destacar los factores económicos y políticos, sin que su considerable peso específico haya hecho, sin embargo, tambalear

su carácter profundamente religioso. Puede sostenerse que se trató de la última de las guerras confesionales europeas, que en el contexto de la reforma protestante habían modificado de manera significativa las guerras feudales sostenidas hasta el siglo XV, y cuyo principal escenario geográfico fue la Mittel Europa, en el territorio del Sacro Imperio Romano Germánico, en donde se produjo la mayor destrucción humana y material.

En el marco de la Guerra de los Treinta Años tenemos una conflagración militar a cuya precipitación, en el invierno de 1620, contribuye de manera decisiva la profundización de la crisis política y religiosa en el reino de Bohemia, que haciendo parte nominalmente del Sacro Imperio, cuenta con una tradición protestante cuyas pretensiones de autonomía terminan con el incidente de la conocida “defenestración” en Praga de los enviados imperiales y la consiguiente ruptura de hostilidades del elector palatino Federico V, hijo político del monarca inglés, quien decide acudir a las armas en la esperanza de contar con el apoyo de los monarcas protestantes para asegurar su autonomía. La batalla de la Montaña Blanca en las vecindades de la ciudad, donde aún perviven las corrientes husitas y una profunda separación respecto de los reinos católicos, pronto se

convierte en una contienda armada continental marcada hondamente por las diferencias religiosas en que las múltiples disputas comerciales, territoriales, hereditarias, dinásticas, políticas y económicas conducen a la formación de dos grandes bloques militares y políticos cuyos encuentros armados acontecen en toda la extensión de la geografía de lo que siglo y medio más tarde habría de convertirse en Alemania. Pero la geografía de la guerra es el producto de la caótica e irregular división en pequeñas entidades territoriales, ciudades libres y diversas formas de ducados, principados y reinos, de los que se cuentan más de trescientos en el solo territorio del Imperio; no la regular geografía de los estados nacionales, cuya consolidación europea tomará hasta el siglo XIX. Sus límites son cambiantes e inciertos no solo en la materialidad de fronteras —que no existen como tales en el sentido moderno— sino de volubles adhesiones y repentinas deserciones de los múltiples jefes y autoridades políticas y eclesiásticas, que desempeñan un papel preponderante. Cada monarca grande y pequeño cuenta con asesores profesionales, estrategas pagados y confesores pertenecientes a las diversas órdenes religiosas, y cada ejército se compone tanto de combatientes entrenados a expensas del respectivo señor terri-

torial como de combatientes bisoños parte de las exacciones a que dichos señores y sus feudatarios y vasallos someten a los pobladores para cumplir con las exigencias que se les imponen. Pero además, como quiera que las lealtades religiosas no conocen fronteras y estatuyen por sí mismas un sistema adicional de pertenencia y adscripción, hay numerosos contingentes extranjeros provenientes de otras lenguas y costumbres. El rey sueco Gustavo Adolfo cuenta entre sus filas con no menos de treinta mil escoceses, mientras que unos cinco mil irlandeses se encuentran dispersos en las filas católicas adversarias. Todos ellos son orgullosos y experimentados “soldados de fortuna”, o más crudamente, mercenarios. Es una guerra que se conduce por conducto de destacados jefes militares en cada una de las fuerzas beligerantes, cuya composición heterogénea resulta de los pactos y lealtades cuyos miembros cambiarán más de una vez en su largo decurso. Es una guerra de generalísimos y mariscales, cada uno proveniente de una tradición militar distinta, pero todos ellos imbuidos por las implacables costumbres de los asedios, la consuetudinaria expulsión de poblaciones de confesión religiosa contraria a la de sus señores y la dependencia de pagas y avituallamientos cuyo retraso durante la época invernal por

cuenta de las intrigas palaciegas y desavenencias puede generar entre sus miembros atmósferas peligrosamente proclives a todos los excesos. En el fondo es una guerra de homogeneización religiosa y de limpieza doctrinaria, extremadamente cruel, demográficamente devastadora y materialmente aniquiladora. El más poderoso de todos estos jefes militares es Wallenstein, que con sus propios recursos dispone de un ejército cercano a los cien mil hombres; recibe como precio de sus servicios todo el territorio de Mecklemburgo, que deja para siempre de pertenecer a Dinamarca, y gracias a eso no sólo se convierte en un rival amenazante para su propio patrono, el emperador, sino en el dictador comisarial que por un instante tuvo en sus manos la posibilidad de crear el estado alemán, pues en el fondo su adhesión a la causa católica fue producto del oportunismo más que de su íntima convicción. Es el gran mercenario empresarial en la espina dorsal de la Liga Católica, y sus pretensiones de dominio y señorío en creciente tensión con la autoridad del Emperador terminarán por conducir a su muerte como resultado de un complot urdido por aquel.

A su lado se encuentran estrategas como Tilly, Pappenheim, Piccolomini, Montecucoli, Turena. Las pocas limitaciones que prácticamen-

te quedan en manos de los jefes militares para otorgar clemencia a los vencidos tienen aun menos ocasiones de manifestarse. El sitio, el asedio y la toma de las ciudades enemigas, cuya lealtad religiosa se vincula siempre a la confesión contraria, se rige por las mismas consideraciones que Francisco de Vitoria había establecido un siglo atrás teniendo como referente el combate del papado y las monarquías católicas contra los turcos, y no en menor medida por los crueles precedentes que el Duque de Alba había ejercitado en la inclemente campaña de sometimiento que hacia 1580 puso en ejecución Felipe II contra las heréticas poblaciones de los Estados Generales de Holanda. Las enseñanzas de Vitoria estipulan tres razones que legitiman y justifican el castigo ejemplar de las ciudades asediadas. Si con el castigo se puede impedir la provisión de asistencia al enemigo en una etapa posterior de la contienda bélica, o si se contribuye al mantenimiento de la moral del propio ejército, o si, por último, a través suyo se puede obtener la rendición por miedo de otras ciudades enemigas, entonces este castigo resulta plenamente justificado. Esta es la ortodoxia de la guerra justa, que el pensamiento de los padres de la Iglesia ha perfeccionado en el curso de la baja Edad Media a través de teólogos notables como

Santo Tomás y de juristas que combinan su sapiencia con la experiencia en su calidad de intendente de guerra como Baltazar de Ayala, y con la práctica constante de los comandantes en armas. El ejercicio del asedio es quizá la rama de las prácticas bélicas que mayor desarrollo y detallada reglamentación ha experimentado en el curso de las guerras antiguas, desde el añoso y casi legendario *Tratado de poliorcética* (atribuido a Eneas el Táctico en el período helenístico) hasta los manuales militares del siglo XVII. También queda en manos del comandante militar que dirige el asedio tener en cuenta algunos motivos de indulgencia. Estos tienen relación con los antecedentes de las propias ciudades asediadas en etapas anteriores al sitio del que son ahora objeto y quedan enteramente a su juicio y criterio. Las condiciones que constituyen motivos de tratamiento clemente tienen que ver con el historial o comportamiento de la ciudad en situaciones anteriores o durante el propio asedio. Una circunstancia favorable a ella consiste en que esta no se haya entregado al enemigo sino que haya resistido hasta obligarlo a emprender el asedio, o a que su resistencia se haya prolongado hasta obligar al enemigo a emplear la artillería. Aquellas ciudades que admitieron al enemigo contra su voluntad no teniendo otra alternativa también

tienen motivos para recibir clemencia. Igual sucede con aquellas urbes que han solicitado la protección de una guarnición pero que habían sido amenazadas por el enemigo antes de la llegada de cualquier refuerzo. Se premia el valor de las ciudades en no haberse rendido o facilitado la rendición en ocasiones de asedio anteriores, pero esas mismas condiciones pueden obrar en contra suyo respecto del asedio en trance de ejecutarse. Estos pueden prolongarse durante períodos muy extensos. Ostende, por ejemplo, había resistido durante cerca de cinco años el asedio infructuoso de las tropas españolas, al punto de que en las crónicas de la época se la comparó con la antigua Troya. Las lealtades pasadas tienen poco peso frente a las eventuales repercusiones favorables de un justo castigo. La ejemplaridad del castigo a la ciudad tomada por asalto es, por definición, casi incontestable. Dadas las condiciones en que se realiza el asedio cualquier castigo mejora la moral de las tropas con el saqueo, la rapiña y las violaciones. El botín de guerra anejo a la toma de la ciudad es un acicate para los sitiadores, una amenaza terrible para los sitiados y una fulminante advertencia disuasiva para ciudades vecinas, amigas o aliadas. De hecho, la funesta celebridad de asedios crueles y devastadores es la mayor advertencia para cual-

quier tipo de prolongada resistencia. Cortar las rutas de abastecimiento y bloquear los ríos y canales de suministro de agua potable son recursos perfectamente habituales cuya procedencia nadie discute. La hambruna de los sitiados se encuentra en perfecta correspondencia con los imperativos militares de erradicar la herejía acelerando la caída de la ciudad; al fin y al cabo, depende de sus propios gobernantes y dignatarios el decidirse sencillamente a abrir las puertas. Los jefes de los asedios están autorizados incluso a devolver a núcleos de pobladores que por propia iniciativa pretendan abandonar la ciudad, pues ello sólo contribuiría a prolongarlo al aumentar la duración de los víveres para un número menor de sitiados. Las consideraciones estratégicas del asedio entrañan el elemento adicional de las catastróficas consecuencias que pueden derivarse de su fracaso.

El caso aún reciente que todavía gravita en las memorias de los generales europeos correspondientes a la segunda generación del siglo XVII son los asedios infructuosos que los tercios españoles han sostenido en la cruenta y dilatada guerra de ochenta años que opuso a los estados generales de Holanda contra el régimen Habsburgo de Felipe II y sus sucesores. Vistos como herejes no dignos de la menor consideración, los po-

bladores sitiados de Utrecht (1589) y Ostende (1610) lograron resistir prolongados sitios en una contienda que significó a la postre una aplastante derrota para la monarquía española y el inicio de su decadencia. Un asedio al que los sitiadores logran resistir es inmensamente peor que una derrota militar en el campo de batalla. El argumento de que la responsabilidad por sus desventuras recae en la propia población por oponerse a la entrega de la ciudad en este caso resuena con pasmosa identidad a lo largo de milenios. Junto a las habituales expoliaciones llevadas a cabo en campañas y aldeas, la práctica de los asaltos a las ciudades enemigas se convierte en un expediente reiterado con macabra persistencia a lo largo de estas tres décadas que diezma la población centroeuropea en una tercera parte de sus habitantes. Quizá el punto culminante en horror se encuentra en el asedio, la toma y la devastación de la ciudad protestante de Magdeburgo en mayo de 1631 a manos de las tropas de la Liga Católica conducida por el general Tilly. La ciudad es uno de los centros más activos en la defensa y propagación de la causa protestante tanto por el número de sus predicadores y el decidido apoyo confesional de su príncipe y autoridades como por la no menos importante capacidad editorial de sus impresores, que difunden sin

pausa tratados y sermones protestantes. Tilly, quien se encuentra inmediatamente debajo del generalísimo Wallenstein, es un estratega caracterizado por su precaución. La ciudad ha pedido auxilio para que acudan en su defensa las tropas del rey sueco Gustavo Adolfo, pero estas no cuentan con los medios y las condiciones para llegar a tiempo. La toma y el castigo de Magdeburgo harían paliar al propio Duque de Alba. Tilly moviliza sus huestes con táctica perfecta y la ciudad cae en su poder tras dos días de asedio: cerca de veinte mil habitantes son asesinados. La Guerra de los Treinta Años fue una cruenta y despiadada contienda en la cual las pulsiones religiosas europeas caldeadas durante dos siglos de división confesional terminaron por conducir a una verdadera catástrofe tras cuya superación Europa iniciaría el largo camino del absolutismo.

Federico Schiller había compuesto en calidad de historiador improvisado –hacia 1790–, antes de consagrarse a su vocación de escritor, una narración explicativa de los principales sucesos que condujeron desde el levantamiento bohemio hasta la doble celebración de la Paz de Westfalia. La amplia investigación desplegada terminaría por proporcionarle, algunos años después, el material necesario para la elaboración de su segunda tragedia.

Es interesante que el personaje del gran mariscal de campo –Feldmariscal– bohemio, elevado al título de príncipe y árbitro de los destinos europeos hacia la mitad de la guerra hubiera sido el tema elegido para cimentar su proyecto de crear una gran dramaturgia que estuviera a la altura de los trágicos griegos y emulara el nuevo gran modelo literario del teatro isabelino. Shakespeare había sido una revelación y un trastorno para el mundo intelectual alemán de finales del siglo XVIII cuando éste lo descubrió en las célebres traducciones de Wieland, e influyó en autores tan dispares como Goethe, Kleist y el propio Schiller. La creación de un teatro alemán no era sólo parte del proyecto de la Ilustración sino una tarea política en la empresa por crear una naciente identidad propia en medio de la inestabilidad introducida por la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas. En consecuencia, el tipo de abordaje que se hiciera de la figura del importante jefe militar estaba expuesto a todos los riesgos de una literatura altamente comprometida con un público ávidamente urgido de un referente cultural que le diera sentido a su condición histórica. Mientras las demás tragedias de Schiller se ocuparon de figuras históricas extranjeras y de personajes de crónica menor, en el *Wallenstein*

el tema era el no demasiado lejano pasado alemán en una de sus horas más terribles. La magnitud de su empresa no tiene comparación en su propia obra ni en el conjunto de la dramaturgia europea. Se trata de una pieza monumental por su concepción y desmesurada en su extensión. Algo menos de trescientas páginas sirven para las tres partes, que a su vez se descomponen en once actos; ello tornó prácticamente imposible su puesta en escena, pese a que en el teatro de Weimar su representación completa se llevó a efecto en 1799, a instancias de su amigo Goethe, cuya devoción nunca decaería convirtiéndolo en su principal mentor.⁹ El primer acto es una especie de largo proemio situado en el campamento del Feldmariscal, donde las voces múltiples de arcabuceros, cazadores, coraceros y guardias provenientes de las más variadas regiones de Europa –italianos, valones, frisios, renanos, francones, palatinos, croatas, lombardos, hulanos, bohemios, bávaros– hacen escuchar sus crudas opiniones acerca de las vicisitudes de la guerra y sus cálculos egoístas sobre las recompensas esperadas, las pagas atrasadas y las muestras de gratitud o ingratitud por las dádivas recibidas o negadas de Wallenstein, el duque de Friedlandia. En ninguna parte de la obra se menciona la pala-

9 Safranski, Rüdiger (2005). *Schiller o el Nacimiento del Idealismo Alemán*. Tusquets. p. 325.

bra mercenario, pero en el lenguaje de sus protagonistas éstos se denominan a sí mismos “soldados de fortuna, y a la disposición de quien más nos ofrezca” (Parte III, Acto V, Escena III). En su diversidad de origen, lenguas y costumbres, el ejército de Wallenstein es un variopinto fresco de la misma fragmentación política en la que se encontraba sumido el territorio imperial desde la alta Edad Media y cuya anómala condición, arrastrada desde entonces, ya había sido señalada por un jurista como Puffendorf en la segunda mitad del siglo XVII. Lapidariamente, el célebre jurisconsulto la había calificado como una “monstruosidad”. Esta extrema heterogeneidad en la composición de su armada pone desde el inicio de la obra la cuestión que es su trasfondo: la fidelidad y la lealtad en medio de tanta disparidad, es decir, cómo se conforma un cuerpo armado que en la contienda política y religiosa sea capaz de hacer frente al enemigo protestante encarnado en las fuerzas del rey sueco Gustavo Adolfo. Las opiniones en el campamento aluden a la pertenencia de cada soldado –palabra proveniente del alemán *Soeldner*– a cada uno de los diferentes generales que conforman el ejército, a cuyas expensas se mantienen los respectivos escuadrones y regimientos. Los partidarios de Wallenstein aluden a su condición

imperial, que se demuestra en la moneda que lleva acuñada su efigie, en el propio título principesco que el emperador Fernando le ha conferido y a la inmensa riqueza de que dispone. Las tropas se encuentran congregadas en la ciudad bohemia de Pilsen, situada en las comarcas que le son leales y en las cercanías de la línea de enfrentamiento con las tropas suecas.

En el segundo acto –titulado *Los Piccolomini*– se asiste al arribo de los enviados –*Questenberg* y *Octavio Piccolomini*– por el emperador Fernando con la misión de anunciar a Wallenstein la deposición del cargo de generalísimo de los ejércitos imperiales ante la sospecha de su defección. Octavio ha sido su compañero de armas desde el comienzo de la guerra y quien contribuyó a salvar su vida durante la batalla de Lutzen, en la que el rey sueco perdió la suya. Además, su hijo *Maximiliano Piccolomini* es el prometido secreto de la hija de Wallenstein y se niega a dar crédito a la versión de su padre. La orden imperial es el detonador de la tragedia: se incita a firmar engañosamente a los partidarios de Wallenstein un compromiso de lealtad. Impulsado por la condesa *Terzky* –esposa de uno de sus fieles generales– y sus propios cortesanos, Wallenstein, en el trágico conflicto clásico entre el honor para consigo

mismo y el deber de fidelidad para con el emperador, luego de torturantes vacilaciones termina por decidirse a desobedecer. Se trata de una declaración de guerra contra su señor, cuyo umbral, una vez traspuesto, no admite retorno, pues Wallenstein se ha convertido en traidor. El único expediente que le queda —ese sendero por el que clama en sus parlamentos— es entrar en conversaciones con los suecos para ofrecerles su ejército y convertido en el fiel de la balanza del campo enemigo, mantener su poder. Es la figura ejemplar del mercenario europeo que repite el gesto de sus antecesores —y continuadores— y vende su propio ejército a sus antiguos enemigos para salvar su ducado, en lucha contra los cuales ha ascendido la rueda de la fortuna, para de nuevo volver a descender. El advenedizo que ha alcanzado los cielos gracias a la guerra y se ha elevado hasta ser el árbitro de Europa cuenta con el mayor ejército. Comienza una carrera mortal por asegurar el mayor número de lealtades con base en el código de favores y recompensas otorgados, cuya adscripción a su lado suyo o al del imperial fractura la vieja amistad de su antiguo compañero de batallas y quiebra la confianza entre éste y su hijo. Esta rotura y recomposición de lealtades tiene, sin embargo, un vér-

tice inamovible en que toma partido la postura ética e histórica del autor: la traición deshace los juramentos, de manera que su autor carece ya del título para imponer fidelidades. Esta serie de duelos verbales inclinan, al principio, las voluntades en su favor, pero la elocuencia de las cartas imperiales rompen después la fidelidad de los más adictos al generalísimo. Frente a la gran traición se suceden innúmeras traiciones y Wallenstein asiste a la defección de los regimientos que creía más leales. “El que emponzoña la fidelidad mata en el seno de su madre a todos sus hijos”¹⁰ (Parte III, Acto III, Escena XVIII).

Schiller resolvió el debate entre la autoridad del emperador y los atributos fácticos de dominación de Wallenstein mediante una reafirmación del poder legal dinástico del imperio; convirtió al héroe de su tragedia en una víctima de la razón imperial y dejó incólume la majestad de los arcana imperi. Para ello debió recurrir a la escenificación de su asesinato por los conspiradores, que penetran en la recámara del generalísimo, como un episodio no visible del cual se escuchan las voces y gritos. Esa escena de mercenarios que dan muerte al mayor de sus congéneres sólo podía ser tratada alusivamente, con la invisibilidad sonora de las

10 Schiller, Friedrich (1949). *Wallenstein –Trilogía*. En: *Obras Dramáticas de Schiller*. Traducción del alemán por Eduardo de Mier, El Ateneo.

exclamaciones y onomatopeyas, que por un momento sustituyen el lenguaje dramático. Cumplimentando una lógica fatal, Wallenstein muere en una típica vendetta, mientras su hija se autoinmola en la tumba del amado, que ha encontrado a su vez muerte en el campo de batalla entre los fieles al emperador y los fieles al mercenario. Era la solución proporcionada por ese clasicismo olímpico que Goethe trató de acuñar como el suelo espiritual para una Alemania que trágicamente tardaría casi dos centurias más en consolidar su condición de Estado nacional. Pero la figura de Wallenstein, ese último gran mercenario que por un momento tuvo entre sus dedos los hilos de la historia, continuaría obsediendo la conciencia de los alemanes. Y fue justamente durante la República de Weimar que su figura sería objeto de renovada atención de autores ampliamente significativos de la gran producción intelectual de los años veinte en Alemania. De una parte, Carl Schmitt, en su célebre texto sobre el fenómeno de los poderes dictatoriales desde Roma hasta la Revolución Francesa,¹¹ escrito a finales de esa década, aborda el asunto crucial del estado de excepción como efectiva condición de la soberanía, y de manera muy interesante dedica

un extenso capítulo al análisis de la condición jurídica de Wallenstein. Schmitt dilucida en términos jurídico – políticos el estatuto efectivo a quien se caracteriza como un capo y generalísimo que dispuso de inmensas facultades para establecer la ley marcial, imponer penas, acordar el pago de rescates y otorgar ascensos militares. Admite implícitamente que la suma de potestades en su nombre era tal que estuvo a punto de haber unificado en su persona la suprema dirección de los ejércitos imperiales y los ejércitos de la Liga Católica, compuesta por los príncipes electores, pero que la oposición de los estamentos a ser conducidos por quien carecía de su mismo estatuto nobiliario se erigió como obstáculo insuperable. Pero en un atisbo muy revelador de su posterior trayectoria como jurista coronado del nacional-socialismo, Schmitt observa que en la figura de Wallenstein hubiera sido posible la unificación alemana, cuya postergación tan fatales repercusiones tendría para el mundo.

De otra parte, Alfred Döblin, el escritor vanguardista berlinés que huiría del régimen nazi en 1940 escapando dramáticamente a través de la ciudad fronteriza de Constanza, publica su novela titulada justamente *Wallenstein*, en la que la Guerra de

11 Schmitt, Carl (1988). La Dictadura. Capítulo 3. Alianza Editorial.

los Treinta Años se presenta como el espejo donde se refleja la caótica situación de la propia República de Weimar. Y finalmente, en la década de los setenta, Golo Mann, uno de los historiadores más reconocidos, dedicará una monumental biografía al personaje. Pero sin duda *Madre Coraje* es la pieza teatral del mayor dramaturgo alemán contemporáneo, compuesta por Bertold Brecht sobre el trasfondo del mismo período histórico de la última gran guerra religiosa europea, donde quizá pueda encontrarse finalmente la obra antitética a la de Schiller. Aquí ya no existen los grandes nombres, y a través de la máquina de guerra devoradora de hombres sin nombre que se presenta en los hijos perdidos por la madre se intenta liquidar las fantasías románticas de su ilustre predecesor y compatriota.

4. La última imagen romántica: Ernst Jünger.

Quizá el último refugio literario del mercenario se encuentra en la narrativa de la primera mitad del siglo XX, cuando esta descubre el filón novelístico que ofrecía la Legión Extranjera. Sobre ella se han producido al menos dos relatos particularmente influyentes: el primero, de Ernst Jünger, al comienzo de los años veinte: *Juegos Africanos* –*Afrikanische Spiele*–, y el de un au-

tor inglés menos conocido, Percival Christoph Wren: *Beau Geste*, que ha dejado una prolífica estela de adaptaciones cinematográficas desde 1929 hasta nuestros días, incluida una reciente serie televisiva de la BBC de Londres. El texto de Jünger, escrito al comienzo de una extensa y longeva carrera literaria que se prolongaría de un siglo al otro, lo consagraría internacionalmente y lo haría acreedor al título de “esteta de la guerra”. Es una típica novela perteneciente al género de formación –*Bildungsroman*– que tan apreciado fue para el mundo literario alemán. Escrito en la época del dominante expansionismo colonial europeo, el relato trasunta todo el exotismo y la fascinación que un modesto joven de una típica ciudad europea podía experimentar ante el inmenso mundo desconocido del África. El joven protagonista huye de los valores burgueses familiares a la búsqueda de un mundo de aventuras donde pueda cumplir el ritual de convertirse en adulto y aspirar a unos horizontes menos estrechos. En el mundo heroico de la Legión Extranjera –establecida desde 1830 ante la afluencia de voluntarios dispuestos a enrolarse en la segunda República Francesa como parte de su organización militar– el joven protagonista –el propio Jünger– encuentra una nueva confraternidad, la oportunidad de salirse de los valo-

res decadentes, la posibilidad de no someterse a ninguna regla que es lo propio de la guerra¹² y la afirmación de su propia madurez viril. Se trata de un inquietante retrato de la época en la cual se produjo la cocción de las fuerzas y valores que estallarían en la Primera Guerra Mundial y se prolongarían hasta la Segunda. En el marco temporal de su aparición la novela, este aparentemente inocuo relato de aventuras, marca el contrapunto de toda la posterior literatura que con ocasión de la Guerra Civil Española daría lugar a la narrativa de los voluntarios que acudieron allí para combatir al lado del ejército legal republicano, por la pluma de autores como George Orwell, John Dos Passos, André Malraux.

La exaltación de la Legión Francesa como epítome de una institución tradicional de “mercenarismo espontáneo” obtiene su apoteosis, muy elaborada, en la novela de Percy Wren donde tres jóvenes de una aristocrática familia inglesa ingresan a ella para olvidar el pasado, recobrar el lustre familiar perdido y combatir denodadamente contra los pueblos nativos africanos. El éxito de sus tres posteriores adaptaciones cinematográficas (1929, 1939, 1962) contribuyó sin duda a ambientar en

el período de entreguerras y de Guerra Fría el altruismo y la pretendida nobleza compatible con el ejercicio de los soldados de fortuna.

5. El mercenario contemporáneo como contratista privado en el periodismo investigativo y sensacionalista.

La publicación en 2007 del amplio relato de periodismo investigativo sobre las actividades criminales de la compañía Blackwater¹³ de enrolamiento global de mercenarios, la manipulación de gobiernos y la desvergonzada cacería de recursos económicos en el contexto de la guerra de Irak tal vez signifique el definitivo crepúsculo de este género literario que exaltó o ennobleció la figura del mercenario y su reducción al periodismo investigativo de página judicial. Con una brillante estrategia de desclasificación de materiales reservados y un especial sentido de la oportunidad, Scahill –quien recibió varios galardones– tocó el corazón de la problemática expuesta por las compañías privadas militares y de seguridad contemporáneas cuyas actividades transnacionales escapan a los controles estatales y se convierten en letales zonas grises cuyas

12 Jünger, Ernst (1987). *Juegos Africanos*. Guadarrama. p. 78.

13 Scahill, Jeremy (2007). *The Rise of the World's most Powerfull Mercenary Army*. Panteon Books.

acciones difuminan por completo las jurisdicciones nacionales y vuelven víctimas a ciudadanos de otros países, y a los propios empleados, instrumentos para la obtención de ganancias multimillonarias a costa de ellos mismos. Secreto, corrupción, cinismo y avaricia son los rasgos de la atmósfera descrita en esta tan vieja como metamorfoseada dimensión de la guerra. Completando una singular travesía histórica desde el referente primigenio de Jenofonte en la Persia Antigua, el trabajo de Scahill tiene como materia de su indagación el escenario bélico en los albores del siglo XXI sobre la misma geografía de entonces conocida ahora con el nombre de Irak, adonde el número de mercenarios —denominados actualmente “compañías privadas militares y de seguridad”— llegó por primera vez en la historia militar a igualar el número de combatientes regulares. En un contexto caracterizado por la tercerización creciente de las actividades bélicas, humanitarias y de inteligencia, la invasión norteamericana de Irak representó el apogeo del mercenarizgo, directamente aupado desde la propia Casa Blanca, donde el vicepresidente Cheney era y sigue siendo el accionista más importante de compañías privadas como Dyn-corp. El relato de Scahill trasluce la manipulación cínica de los mercenarios —varios colombianos en-

tre ellos— destinados, sin el mínimo entrenamiento y aun desconociendo la zona donde se encontraban, a la conducción de operaciones de control y vigilancia perfectamente indistinguibles de las militares propiamente dichas, que culminaron con asesinatos indiscriminados en las calles de Bagdad en 2005, y lo que es incluso peor, a su empleo literal como carne de cañón al enviar a un equipo a la boca de lobo de Faluya, donde podía presumirse que serían asesinados, como en efecto ocurrió, para desatar la justificación emocional y táctica del empleo de métodos de guerra arrasada. El macabro espectáculo de los cuerpos de mercenarios de Blackwater colgando del puente de Faluya difundidos por los medios mundiales terminaría por convertirse en el pretexto ideal para una de las operaciones “rastrillo” más despiadadas que las fuerzas invasoras lanzaron sobre el conjunto de la ciudad. Asediado por investigaciones del Congreso norteamericano y las acciones judiciales de familiares y víctimas, Prince cambió el nombre de la compañía y amplió sus labores de reclutamiento a varios países de América Latina. Colombia ocupa un lugar privilegiado en el suministro de mercenarios con militares retirados. Pero el ingreso de Colombia en la órbita del tratamiento periodístico del mercenario vino a tener su

manifestación por antonomasia con la publicación del libro de los tres mercenarios estadounidenses caídos en poder de las FARC en 2002, cuya liberación mediante la operación Jaque les permitió poner en relato, con la ayuda de un periodista, la crónica de su cautiverio.¹⁴ El texto, ampliamente publicitado y por estrategia editorial mercadotécnica orientado a ser presa de la curiosidad pública sobre los detalles de dos rehenes con las que los tres norteamericanos permanecieron juntos –Ingrid Betancur y Clara Rojas–, probablemente sea el primer negocio editorial realizado con mercenarios, que en manos de la guerrilla más antigua del continente terminaron convertidos –gracias a su política de guerra criminal de tomar a civiles como rehenes–, de mercenarios mondos y lirondos en víctimas camufladas al lado de los propios civiles. Al lado suyo, según lo informaría el periodismo investigativo, la operación de rescate de los rehenes pomposamente anunciada como puro producto criollo contó con la participación de asesores y tecnología extranjeros, además de jugosas ofertas económicas a cambio de las cuales al parecer los guardianes de las FARC acordaron acceder a la Operación Jaque.¹⁵ Con el con-

flicto armado más antiguo del hemisferio, el ofrecimiento de jugosas recompensas por información útil para abatir o capturar guerrilleros (e incluso simples labriegos, como lo establecía la Directiva ministerial secreta del 27 de noviembre de 2005, que propició las dos mil ejecuciones extrajudiciales, conocidas como “falsos positivos”), la creciente tercerización de la guerra y la propia acción humanitaria en manos de compañías privadas militares y de seguridad en un país con siete millones de hectáreas concesionadas a las multinacionales mineras para explotación a gran escala, siete bases militares estadounidenses en cuyo interior la soberanía ha sido entregada y los billonarios contratos de cooperación militar en el marco de los planes Colombia y Patriota, nuestro país ha terminado por convertirse en un receptor y proveedor de mercenarios en gran escala y a escala global, cuya exportación ha superado todas las limitaciones viales y de movilidad y llegado hasta las dunas de la propia Argelia, tanto del lado de los rebeldes como de los partidarios de Gadaffi. Nada extraño es, entonces, que el libro que relata la Operación Jaque ostente el dudoso título del único texto escrito por mercenarios

14. Gonsalves, Marc (2009). *Lejos del Infierno: Una Odisea de 1.967 días en manos de las FARC*. Editorial Planeta.

15. Guillén, Gonzalo (2011, junio). “Video sobre la Operación Jaque”. Quito.

como un éxito editorial y dolorosa radiografía de su identidad refundida y refundada.

Bibliografía

- Gonsalves, Marc. (2009), *Lejos del Infierno: una Odisea de 1967 días en manos de las FARC*, Editorial Planeta.
- Guillén, Gonzalo. (2011, junio), “Video sobre la Operación Jaque”, Quito.
- Jünger, Ernst. (1987), *Juegos Africanos*, Guadarrama, p. 78.
- Kagan, Donald. (1998), *The Peace of Nicias and the Expedition of Sicily*, passim, Cornell University Press; Hanson, Victor. (2005), *A War Fought Like no Other*, passim.
- Mallet, Michael., “Mercenarios”, en Keen, Maurice. (2005), (Edit), *Historia de la Guerra en la Edad Media*, Machado Libros, p. 275.
- Muntaner, Ramón. (1984), *Los Almogávares*, Plaza y Janés. Se trata de una versión abreviada y adaptada al español del original.
- Safranski, Rüdiger. (2005), *Schiller o el Nacimiento del Idealismo Alemán*, Tusquets, p. 325.
- Scahill, Jeremy. (2007), *The Rise of the World's most Powerful Mercenary Army*, Panteon Books.
- Schiller, Friedrich. (1949), *Wallenstein –Trilogía- en Obras Dramáticas de Schiller*, Traducción del alemán por Eduardo de Mier, El Ateneo.
- Schmitt, Carl. (1988), *La Dictadura*, capítulo 3, Alianza Editorial.